

RESISTENCIAS CAMPESINAS EN TIEMPOS DE SILENCIO: LA CONFLICTIVIDAD RURAL EN ZARAGOZA DURANTE EL PRIMER FRANQUISMO (1939-1956)

Óscar López Acón

El niño se levantó y se sacudió las posaderas. Los perros caminaban cansinamente tras él y al doblar la esquina del majuelo volaron ruidosamente dos codornices.

El Nini se detuvo: — No lo entenderán — dijo.

— ¿Quién? — dijo el Ratero.

— Ellos — murmuró el niño.

Tras el alcor se veía flotar el campanario de la iglesia y en torno a él fueron surgiendo, poco a poco, las pardas casas del pueblo, difuminadas entre la calina.

Miguel Delibes, *Las ratas*.¹

LA génesis de los estudios campesinos se remonta a los años sesenta, momento en que los científicos sociales pasaban a considerar a este sujeto histórico. Testigos de un mundo que languidecía en los países industrializados, los sociólogos y antropólogos tomaban conciencia, ante el ruido estruendoso de las bombas que provenían de las periferias coloniales, de que los campesinos seguían integrando la mayor parte de la población mundial. Entonces, se producía en palabras de Fontana, “una valoración positiva” de su vieja “rebeldía primitiva”, pues se convertían en los protagonistas de las luchas contra la opresión colonial.² Aparecían estudios que inauguraban una forma de análisis que ya no tenía por objeto central a la agricultura, sino que se ocupaban de los campesinos. Aunque desde planteamientos estructuralistas excesivamente rígidos, autores como Eric Wolf o Teodor Shanin, que representan por antonomasia estos *peasant studies*, venían a subrayar elementos claves a la hora de conceptualizar al campesinado, tales como la relación indisoluble entre la unidad familiar y el marco de representaciones mentales, como elemento de sobredeterminación de las formas campesinas de acción colectiva. Pero, por otro lado, llevaron el debate académico hacia horizontes extraordinariamente abstractos, cuando Shanin afirmó que el campesinado constituía una clase social de “baja clasicidad”, que respondía de forma espasmódica en situaciones de crisis.³ Algunas aproximaciones como la de Eric Hobsbawm, que analizaban

¹ Miguel Delibes, *Las ratas*, Destino, Barcelona, 1973, pp. 174-175 (1.ª ed., 1962).

² Josep Fontana, “Los campesinos en la historia: reflexiones sobre un concepto y unos prejuicios”, *Historia Social*, 28 (1997), pp. 3-11, esp. p. 8.

³ Eric Wolf, *Las luchas campesinas en el siglo XX*, Siglo XXI, Madrid, 1979 (1.ª ed., 1969). Teodor Shanin (ed.), *Campesinos y sociedades campesinas*, Fondo de Cultura Económica, México, 1979 (1.ª ed., 1971). Teodor Shanin, *Naturaleza y lógica de la economía campesina*, Anagrama, Barcelona, 1976.

las formas de protesta social campesina bajo el paradigma de las rebeliones y revoluciones, cayeron en la consideración del campesinado como una masa social inerte.⁴

Los estudios postcoloniales desde los años ochenta, en especial los de James C. Scott, constituyeron un replanteamiento del paradigma de análisis de la protesta campesina en la historia social renovada. En suma, este antropólogo señalaba que las ocasiones en que los campesinos se rebelaban y enfrentaban al Estado y las élites agrarias eran extraordinarias, frente a ellas planteaba el término de “everyday resistance” y recogía todas aquellas “armas de los débiles”, acciones individuales, silenciosas, que usaban los grupos subordinados, desde el sabotaje e incendio de cosechas, a las roturaciones ilegales, pasando por el robo y el furtivismo.⁵

La imagen que se ha autoperpetuado en la memoria colectiva acerca del campesinado, sin embargo, es la de un sujeto social inculto, dócil, incapaz de defender sus intereses, víctima pasiva del progreso y nunca hacedor activo. El conjunto de prejuicios y mixtificaciones sobre el campesinado se han acrecentado, las más de las veces, por el hecho de que los campesinos han dejado muy pocos –por no decir nulos– testimonios de sí mismos. Podemos decir con certidumbre que el campesinado es el sujeto histórico anónimo por antonomasia; como muy bien planteó Barrington Moore, “les han sido atribuidas ideas con miras políticas interesadas”. Por ello, y como consideración previa, se plantea la necesidad de desterrar como factor explicativo inveterados argumentos argüidos primero por los contemporáneos y, luego, por cierta historiografía, acerca de la docilidad e incultura campesina para explicar determinados comportamientos. El analfabetismo se ha utilizado a un tiempo para explicar el carlismo por parte de los sectores campesinos, el caciquismo liberal restauracionista, la sumisión y la ausencia de rebeldía en las áreas del interior, o las sublevaciones jornaleras andaluzas. De ahí que, ante tales contradicciones, sea preciso interrogarnos sobre las lógicas que subyacen a los comportamientos campesinos desde su propia óptica, sin apriorismos ni ejercicios presentistas.⁶ En los nuevos esquemas interpretativos la “lógica campesina” –del grupo doméstico o familiar– está marcada básica y prioritariamente por la obtención de márgenes que garanticen la subsistencia y, en consecuencia, la reproducción social y

⁴ El paradigma de este enfoque está bien representado en el temprano artículo de Hobsbawm “Peasant and Politics”, que inaugura la revista *The Journal of Peasant Studies* en 1973. Todavía bajo un enfoque reduccionista, herencia de un marxismo bastante ortodoxo, es capaz de esbozar, sin embargo, propuestas que serán desarrolladas ulteriormente. Eric J. Hobsbawm y Hamza Alavi, *Los campesinos y la política. Clases campesinas y lealtades primordiales*, Anagrama, Barcelona, 1976. También en su célebre *Rebeldes primitivos, estudio sobre las formas arcaicas de los movimientos sociales en los siglos XIX y XX*, Crítica, Barcelona, 2014 (1.ª ed., 1959). Una revisión de sus tesis en Manuel González de Molina, “Los mitos de la modernidad y la protesta campesina. A propósito de Rebeldes Primitivos de Eric J. Hobsbawm”, *Historia Social*, 25 (1996), pp. 113-157. Enrique Rajchenberg, “De la rebelión a la resistencia: De Eric Hobsbawm a James C. Scott”, *Bajo el Volcán*, vol. 15, 22 (marzo-agosto, 2015), pp. 41-59.

⁵ James C. Scott, *Weapons of the Weak. Everyday Forms of Peasant Resistance*, Yale University Press, New Haven-London, 1985. Del mismo autor, *The Moral Economy of the Peasant: Rebellion and Subsistence in Southeast Asia*, Yale University Press, New Haven-Londres, 1979 y “Formas cotidianas de rebelión campesina”, *Historia Social*, 28 (1997), pp. 19-38. Acerca del “efecto Scott” en la historiografía española, como señala Julián Casanova, “Resistencias individuales, acciones colectivas: nuevas miradas a la protesta agraria en la historia contemporánea de España”, en Manuel González de Molina, (ed.), *La historia de Andalucía a debate I. Campesinos y jornaleros. Una revisión historiográfica*, Anthropos, Barcelona, 2000, pp. 289-301, esp. p. 299. Sobre la recepción de la obra de Scott en la historiografía española y, en especial, en los historiadores sociales del franquismo, véase Ana Cabana y Miguel Cabo, “James C. Scott y el estudio de los dominados: su aplicación a la historia contemporánea”, *Historia Social*, 77 (2013), pp. 73-93.

⁶ Barrington Moore, *Los orígenes sociales de la dictadura y la democracia: el señor y el campesino en la formación del mundo moderno*, Ariel, Barcelona, 2015, p. 475 (1.ª ed., 1966). Carmelo Romero Salvador, “La suplantación campesina de la ortodoxia electoral”, en Pedro Rújula e Ignacio Peiró (coords.), *La historia local en la España Contemporánea*, L’Avenç, Barcelona, 1999, pp. 80-99.



material del grupo; pero, para comprender la génesis de la protesta, la identidad y los valores culturales pasarían a un primer plano.⁷ Según Carlos Forcadell, uno de los territorios clásicos de la historia social y de los movimientos sociales donde más ha avanzado la investigación es el análisis del campesinado español; posibilitado ello por el encuentro entre la sociología rural, la historia económica, la antropología y la historia ecológica o ambiental.⁸

Asumiendo estos desarrollos teóricos –y contribuyendo en gran medida a los mismos–, la historia social del franquismo ha alumbrado interesantes vías de reflexión historiando a la gente corriente, a los campesinos y a las mujeres. Se trata de estudios en clave “desde abajo” que han introducido el microanálisis pasando al primer plano lo marginal e inarticulado, los efectos sociales de la autarquía y la violencia, la gestión de la pobreza, el consentimiento o la pluralidad de formas de resistencias y actitudes sociales en la dictadura.⁹

⁷ Salvador Cruz Artacho, “El hermano pobre de la historia social española. Algunas consideraciones sobre el conflicto campesino en la historia contemporánea”, en Santiago Castillo y Roberto Fernández (coords.), *Historia social y ciencias sociales, Actas del IV Congreso de Historia Social de España*, Milenio, Lleida, 2001, pp. 247-289.

⁸ Carlos Forcadell Álvarez, “Sobre desiertos y secanos: los movimientos sociales en la historiografía española”, *Historia Contemporánea*, 7 (1992), pp. 101-116, esp. p. 113.

⁹ En especial los trabajos de Ana Cabana Iglesia, *La derrota de lo épico*, Universitat de València, Valencia, 2013; Miguel Ángel Del Arco Blanco, *Hambre de siglos: mundo rural y apoyos sociales del franquismo en Andalucía oriental*, Comares, Granada, 2007; y Óscar Rodríguez Barreira, *Migas con miedo. Prácticas de resistencia al primer franquismo. Almería, 1939-1953*, Universidad de Almería, Almería, 2008.

A la postre, tratamos de interrogarnos acerca de las formas de resistencia en ausencia de lo que desde la historiografía de los movimientos sociales se ha dado en llamar “estructuras de oportunidades políticas”, esto es, marcos y coyunturas favorables en los que es posible la acción colectiva.¹⁰ No en vano, la coyuntura de profunda pauperización de los niveles de vida debió influir sin duda en la capacidad de respuesta de las clases populares al régimen nacido de la guerra.¹¹ Cuando la obtención del pan es un combate diario, difícilmente puede darse un movimiento social de largo aliento, y es que el hambre inhibe la acción colectiva más que constituir un desencadenante. En este sentido, Michael Richards ya señaló que la política autárquica contribuyó a cimentar el proyecto social y político franquista, al sumir a grandes masas de las clases subalternas en la pauperización y el terror cotidiano, impidiendo así toda contestación posible. Desde este planteamiento, cabría preguntarse si dicha política no habría sido tan “irracional”, al menos en términos de economía del poder.¹²

Las relaciones de poder nunca son una realidad estática, muy al contrario, siempre son inestables. Por principio, como escribió Foucault, “donde hay poder hay resistencia”, ya que las relaciones de poder no pueden existir más que en función de una multiplicidad de puntos de resistencia. Éstas, además, son variadas, con frecuencia móviles y transitorias; “introducen en la sociedad líneas divisorias que se desplazan rompiendo unidades y suscitando reagrupamientos, abriendo surcos en el interior de los propios individuos”.¹³ Partimos de la hipótesis –como plantea R. Guha– de que si bien “la práctica de la dominación genera códigos de deferencia y sumisión”, también la práctica y “experiencia” común de la insurgencia ha ayudado a desarrollar “estructuras de resistencia”; estructuras que son operativas, aun de manera débil y fragmentaria, incluso en la vida cotidiana y en la resistencia individual y de grupos minoritarios.¹⁴ Ana Cabana habla incluso de la existencia de una “cultura de la resistencia” entre los campesinos, producto de una memoria colectiva y un acervo común.¹⁵

Las variadas casuísticas que hemos rastreado nos dan una aproximación a la tipología de formas de protesta campesinas en el primer franquismo. A todas luces, al observar las realidades campesinas debemos guardar el necesario equilibrio entre el análisis de un espacio concreto y la posibilidad de cierta globalización. En todo caso, puede aducirse que un ejemplo local es insuficiente para construir una teoría general, pero, con toda seguridad “sí es un camino posible y eficaz hacia ella, al superar la simple proyección de modelos externos en favor del análisis específico”.¹⁶ Más que plantear la oposición irreconciliable entre

¹⁰ Sidney Tarrow, *El poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*, Alianza, Madrid, 1991, pp. 147-149 y 155-178.

¹¹ Miguel Ángel Del Arco Blanco, “El secreto del consenso en el régimen franquista: cultura de la victoria, represión y hambre”, *Ayer*, 76 (2009), pp. 245-268 y “Estraperlo: pieza clave en la estabilización del régimen franquista”, *Historia de presente*, 15 (2010-2011), pp. 65-78.

¹² A nuestro juicio, Richards no afirma tanto que hubiera un programa ya predefinido por la cúpula franquista para mantener a los vencidos en la inanición, sino más bien que la “cultura de guerra” desarrollada por los vencedores determinó la experiencia de la sobrevivencia en la posguerra. Michael Richards, *A time of silence. Civil war and the culture of repression in Franco's Spain, 1936-1945*, University Press Cambridge, Cambridge, 1998, pp. 25-28, 93-97 y 171-173. Una contestación a la tesis de Richards fue desarrollada por Carme Molinero y Pere Ysàs, “El malestar popular por las condiciones de vida ¿Un problema político para el régimen franquista?”, *Ayer*, 52 (2003), pp. 255-280.

¹³ Michel Foucault, *Historia de la sexualidad. Vol. I. La voluntad de saber*, Siglo XXI, México, 1992, pp. 75-77 (1.ª ed., 1984) y, *Microfísica del poder*, La Piqueta, Madrid, 1978, pp. 153-162.

¹⁴ Ranahit Guha, *Las voces de la historia y otros estudios subalternos*, Crítica, Barcelona, 2002, p. 107 (1.ª ed., 1982). Henry A. Landsberger, “Disturbios campesinos: temas y variaciones”, en Henry A. Landsberger (ed.), *Rebelión campesina y cambio social*, Crítica, Barcelona, 1978, pp. 11-84, esp. pp. 45-46.

¹⁵ Ana Cabana Iglesia, *La derrota de lo épico*, p. 43.

¹⁶ Alberto Sabio Alcutén, “La sociedad rural en la España moderna y contemporánea”, *Agricultura y sociedad*, 6 (1993), pp. 235-252, esp. p. 236.

los límites del conocimiento local y la posibilidad de universalizar, el debate debe enfocarse a nivel epistemológico en torno a qué entendemos por “conocer”, como formula Geertz. Y es que, para reconstruir la experiencia histórica del campesinado, las más de las veces, debemos escudriñar, leer e interpretar una realidad compleja a base de fragmentos e indicios, apenas ecos en las fuentes.¹⁷

“ARMAS DE LOS DÉBILES” EN LA ZARAGOZA CAMPESINA

Franco prometió redimir a esos labriegos que abonaban la tierra con el sudor de su frente, pero, en su lugar solo les ofreció miseria y largos años en los que el único horizonte pasaba por el combate diario que había que librar por el pan. Durante los años cuarenta el campo vivió sumido en una profunda crisis; una crisis que no fue efecto de las destrucciones de la guerra civil, o de la “pertinaz sequía” —como aludían constantemente los medios propagandísticos de la dictadura—, sino en gran medida de la propia política agraria que los sucesivos gobiernos franquistas pusieron en práctica.¹⁸ Junto a la desarticulación de todo el entramado político-sindical y de todas las reformas, en un sentido democratizador, que la II República había introducido en el ordenamiento de las relaciones de producción;¹⁹ se implantó un sistema intervencionista de toda la producción agrícola, que recayó en el Servicio Nacional del Trigo. Las múltiples prácticas de insumisión fiscal y falseamiento de los cupos forzosos que los campesinos debían entregar fueron muy extendidas. Estas formas de resistencia más o menos velada o pasiva, que se imbricaban en la larga tradición de armas propias campesinas, fueron rápidamente percibidas por las autoridades como una amenaza. El Jefe Provincial de Falange de Zaragoza, Ruiz Castillejo, ponía de manifiesto muy tempranamente el rechazo de la población y la misma ineficacia de la Fiscalía de Tasas: “El *boicot* es a todas luces permanente y ya sin discreción alguna. La guerra declarada a la Organización y al Estado es clara y terminante. Con toda sinceridad hay que confesar la inutilidad en la práctica de lo que se llama Comisaría de Abastecimientos, y sobre todo la nula eficacia de las Juntas de Abastos”.²⁰ Las prácticas de defraudación de la cosecha ante los recaudadores y de participación en el pequeño estraperlo tenían como motor fundamental la subsistencia. Se trató de la práctica más extendida y persistente en el tiempo, como demuestra la huella indeleble que ello dejó en la memoria oral, además de en las fuentes documentales en forma de continuados avisos, reclamos y multas.²¹

¹⁷ A nivel teórico y metodológico cabe destacar instrumentos fundamentales como la “descripción densa” de Geertz y el “paradigma indiciario” de Ginzburg. Clifford Geertz, *Reflexiones antropológicas sobre temas filosóficos*, Paidós, Barcelona, 2002, pp. 103-111 y “Descripción densa: hacia una teoría interpretativa de la cultura”, en Clifford Geertz, *La interpretación de las culturas*, Gedisa, Barcelona, pp. 19-40 (1.ª ed., 1973). Carlo Ginzburg, “Indicios. Raíces de un paradigma de inferencias indiciales”, en Carlo Ginzburg, *Mitos, emblemas e indicios: morfología e historia*, Gedisa, Barcelona, 2009, pp. 138-175, esp. p. 144 (1.ª ed., 1989).

¹⁸ Un reciente estado de la cuestión acerca de la génesis de la crisis agraria de posguerra en Daniel Lanero Taboas, “La historiografía sobre las políticas agrarias en Europa occidental y España (1945-1960): una aproximación”, en David Soto Fernández y José Miguel Lana Berasáin (eds.), *Del pasado al futuro como problema. La historia agraria contemporánea española en el siglo XXI*, Prensas Universitarias de Zaragoza, Zaragoza, 2018, pp. 257-284, esp. pp. 267-270.

¹⁹ Teresa Ortega López, “Las miserias del fascismo rural. Las relaciones laborales en la agricultura española, 1936-1948”, *Historia Agraria*, 43 (diciembre 2007), pp. 531-553.

²⁰ A. Ruiz Castillejo, Jefe Provincial, “Informe. El Jefe Provincial pone en conocimiento de la Superioridad diversas anomalías ocurridas en materia de abastecimiento, así como respecto a la actuación de la Fiscalía de Tasas, 15-I-42”, Archivo General de la Administración (AGA), Delegación Nacional de Provincias (DNP), Secretaría General del Movimiento (SGM), Presidencia, Caja 51/20602.

²¹ “Ministerio de Agricultura. Servicio Nacional del Trigo. Núm. 3295. 6 Sep. 1950”, Archivo Histórico Provincial de Zaragoza (AHPZ), Gobierno Civil (GC), Caja A-416005.

Las formas de conflicto estaban incardinadas fuertemente con las condiciones que ofrecía el medio. Por ello, es posible examinar los perfiles que estas adquirieron en su imbricación con la dinámica de la guerrilla. Para los campesinos “echarse al monte”, como medio de defensa y supervivencia, siempre constituyó una práctica común en momentos de crisis. En el verano de 1936, ante el golpe de Estado, se extendió el fenómeno de los huidos en los montes de Zaragoza. Sin embargo, fue en los años cuarenta cuando el mundo rural se convirtió en el escenario de la resistencia armada antifranquista. Mercedes Yusta plantea entender la guerrilla como un fenómeno amplio, es decir, que más allá de los hechos de los actos guerrilleros, se busca interrogarse acerca del trasfondo sociocultural en el que tienen lugar. La clave para comprenderla “ha de buscarse no en la organización prodigiosa de los rebeldes, sino en su relación con el campesinado; no sólo en la técnica militar de unos cuantos, sino en la sociología de masas”.²²

No es infrecuente la incorporación a la guerrilla de estratos sociales campesinos pertenecientes a la segunda generación –aquellos que no habían combatido en la guerra–, en relación a la represión de las formas de resistencias cotidianas, vinculadas a los usos tradicionales de los recursos. El pequeño estraperlo se convirtió en una forma de rebeldía cotidiana para los campesinos y la propia propaganda clandestina comunista intentó promoverlo –junto a los actos de sabotaje y resistencia–, haciendo un llamamiento a la insumisión ante las instituciones de control económico del régimen;²³

Es muy querida la cosecha y os ha costado muchísimos sacrificios, queridos hermanos, nada ignoramos, pero daros cuenta de que para salvar a España y ser libres independientes hacen falta muchísimos sacrificios. Vosotros habéis trabajado muchísimo para sacar grandes cosechas y poder vivir; esas cosechas han ido la mayor parte a Alemania, mientras los criminales alemanes mataban, robaban y deshacían a millones de campesinos, completando su obra de destrucción, quemando las pobres viviendas.

CAMPESINOS, tomad ejemplo de aquellos rusos que murieron por no trabajar por los alemanes y de los franceses que regalaban sus cosechas para que murieran sus enemigos. Esta es la actitud que deben tomar los españoles para que la liberación de España sea rápida. Hoy en Francia el Comité de Liberación paga a los campesinos todo lo gastado por el “Maquis”. La mayor parte de los campesinos no quiere cobrar.²⁴

En algunos casos, los jóvenes se unían a la guerrilla antes de ser llamados a quintas, una pauta secular frente al servicio militar –desde la primera guerra carlista–,²⁵ por lo que nos lleva a pensar en la existencia de unas culturas campesinas de resistencia insertas en un tiempo largo. Un informe del Estado Mayor del Cuerpo de Ejército de Aragón con fecha del 26 de marzo de 1946 –remitido por el Capitán General al Gobernador Civil de la provincia de Zaragoza–, señalaba que la mayor parte de los individuos que componían las

²² Mercedes Yusta Rodrigo, *Guerrilla y resistencia campesina. La resistencia armada contra el franquismo en Aragón (1939-1952)*, Prensas Universitarias de Zaragoza, Zaragoza, 2003. Mercedes Yusta, *La guerra de los vencidos. El maquis en el Maestrazgo turolense, 1940-1950*; con prólogo de Julio Llamazares, Institución Fernando el Católico, Zaragoza, 1999, p. 20. Teodor Shanin, “El campesinado como factor político”, en Teodor Shanin, *La clase incómoda. Sociología política del campesinado en una sociedad en desarrollo (Rusia 1910-1925)*, Alianza, Madrid, 1986, pp. 274-298, esp. pp. 296-297 (1.ª ed., 1972).

²³ Mercedes Yusta, *La guerra de los vencidos*, pp. 51-53.

²⁴ “Al Campesinado Español”, en “Parte mensual correspondiente al mes de diciembre de 1944”, AGA, DNP, SGM, Presidencia, Caja 51/20654.

²⁵ La imbricación del conflicto en la dinámica propia de la sociedad rural fue subrayada por el clásico estudio de Jaime Torras, *Liberalismo y rebeldía campesina*, Ariel, Barcelona, 1976. Ejemplos empíricos de esta realidad pueden verse en Pedro Rújula, *Contrarrevolución, Realismo y Carlismo en Aragón y el Maestrazgo, 1820-1840*, Prensas Universitarias de Zaragoza, Zaragoza, 1998, pp. 386-396.



“bases” de la guerrilla eran “pasados clandestinamente de Francia después de haber sido capacitados convenientemente por el Partido Comunista”; “y una parte pequeña de estos son reclutados entre *jóvenes próximos a incorporarse al servicio militar o que ya lo están cumpliendo* [subrayado del autor], lo que justifica el aumento de desertiones y la falta de incorporaciones que se registran en estos últimos tiempos, puesto que les hacen creer que al incorporarse al ‘Ejército de Resistencia’, como ellos le llaman a los ‘Grupos de Bandideros’, le sirve para cumplir el servicio militar y además les será reconocida la graduación que alcancen en el Ejército regular que se organizará cuando consigan su victoria”.²⁶

La autoridad franquista era consciente de la dificultad de extinguir el fenómeno guerrillero, y de que su misma pervivencia dependía sobremanera de la imbricación que este lograra con las comunidades campesinas. Al mismo tiempo, sabía de la diversidad de apoyos que obtenía entre las comunidades rurales, aunque estos no fueran homogéneos. La represión de la guerrilla comportó indefectiblemente una guerra contra los propios campesinos. En un informe firmado por un teniente coronel de la Guardia Civil, con fecha del 30 de junio de 1946 se decía:

De tener alguna probabilidad de encuentro, es necesario que por nuestra fuerza se haga la misma vida que los malhechores, permaneciendo en el campo continuamente (...) con lo que se llegará a conocer perfectamente el terreno y podrán situarse ocultos en puntos dominantes a la observación du-

²⁶ “Cuerpo de Ejército de Aragón. Estado Mayor. Sección 2ª Número 2018”, AHPZ, GC, Caja A-8894, Exp. 5.

rante 24 horas, trasladándose de noche a otros, vigilando a *los vecinos de los pueblos que sin duda alguna les ayudan, incluso gente de orden (subrayado del autor)*, pues los delincuentes pagan con generosidad los suministros que les hacen.²⁷

Ciertamente, aunque es difícil llegar a calibrar el apoyo real que concitó la guerrilla, sí generó la connivencia de entre no pocas poblaciones rurales, que desarrollaron seculares repertorios de resistencia pasiva. En algunos casos, la connivencia de la población aparece de forma entreverada en las fuentes, como en el caso que ocurrió en la localidad de Erla (Cinco Villas). Allí, el 18 de junio de 1947 la Comandancia de la Guardia Civil informaba de que se había cometido un atraco. Al parecer, a las diez de la noche del día anterior prorrumpieron en la localidad once individuos que asaltaron las oficinas del ayuntamiento, y los domicilios particulares del Juez de Paz y del Secretario del ayuntamiento, llevándose viveres, ropa y 118.000 pesetas, no sin antes, destruir los cuadros de Franco. Antes de marcharse, pararon un taxi que pasaba por la carretera, en el que subieron siete de ellos, siguiendo en dirección Ayerbe (Huesca) y luego hacia Loarre (Huesca). Sin embargo, para sorpresa de la autoridad, “ningún vecino acudió a dar aviso de lo ocurrido”, a pesar de que, “en Luna, distante 6 km. en línea recta, se hallaba un Capitán con 25 Guardias y una camioneta, y a uno de los vecinos, que habló de ir a avisar, le disuadieron los demás”. A la mañana siguiente de lo sucedido, encontraron al alcalde trabajando “tranquilamente en el campo, sin haberse molestado en mandar ningún aviso”. El alcalde, ante su destitución fulgurante por la “pasividad” mostrada, le remitía una carta al Gobernador Civil en la que, sucintamente, justificaba no haber podido dar cuenta de los hechos con anterioridad “por falta de comunicación tanto telefónica como postal”.²⁸

La guerrilla fue una realidad casi cotidiana en el mundo rural que amparó y alimentó una pluralidad de actuaciones, algunas en aras de asegurar la subsistencia, por lo que puede hablarse de “armas de los débiles”. Por ejemplo, la artimaña urdida por un vecino de María de Huerva –municipio situado a catorce kilómetros al sur de Zaragoza–, para eludir el racionamiento y poder sacrificar una oveja. El 1 de marzo de 1947, este individuo dio la alarma de la presencia de una partida de dieciséis guerrilleros que se dirigían al Moncayo; según afirmó el denunciante, el jefe de la partida se llamaba “Mano Negra” “porque donde pasaba sembraba el terror” y acababa de “matar a diez guardias civiles en Perdiguera”. Sin embargo, una vez establecidas las oportunas diligencias no se encontraban indicio alguno, tan solo los restos del animal en una paridera, por lo que se hacía suponer que “por mala fe”, o “por aberraciones de una imaginación extraviada”, era falso el aviso.²⁹

Más allá de rumores infundados, el miedo a la guerrilla también se usó como instrumento de extorsión o amenaza anónima. El 29 de noviembre de 1946, Melchor Longinos Latorre Domingo, un carretero de treinta y un años, sin antecedentes penales, le escribió una carta anónima al industrial pastelero de Daroca, Manuel Segura Lon, en la que, bajo la firma de “Los Maquis”, le exigía la entrega de 2.500 pesetas, “conminándole a caso contrario con matarle y con quemarle el horno”. Según parece, el industrial entregó al procesado 250 ptas., y este, con carta anónima, siguió dirigiéndose a él en idénticos términos, exigiéndole completar las dos mil quinientas pesetas diciéndole: “que para eso estaban las pistolas, que de los maquis no se ríe nadie”. Esto le costaría al procesado la condena de cinco años de prisión menor.³⁰ En cualquier caso, elementos como estos nos informan de

²⁷ “Comandancia de la Guardia Civil. 211ª Jefatura. Núm. 1187”, AHPZ, GC, Caja A-8894, Exp. 5.

²⁸ “Ministerio de la Gobernación”, “Alcaldía del Ayuntamiento de Erla, Negociado. Núm. 284”, AHPZ, GC, Caja A-8893, Exp. 7.

²⁹ “Guardia Civil. 211ª Comandancia”, AHPZ, GC, Caja A-8893, Exp. 7.

³⁰ “Sentencia 323”, “*Libro de Sentencias Criminales*, año 1948 (014)”, Archivo de la Audiencia Provincial de Zaragoza (AAPZ).

que, más allá de la prensa oficial, las proclamas y los discursos emanados del poder, donde todo es consenso, deferencia y conformidad, subyace un nivel oscuro y anónimo, un “discurso oculto”, parafraseando a Scott.³¹

A lo largo de la posguerra se produjo un crecimiento continuado de los delitos contra la propiedad. La gravísima situación social fue el caldo de cultivo para el desarrollo de una tipología delictiva que hundía sus raíces en peculiares comportamientos tradicionales. Este tipo de patrones delictivos diferían notablemente, tanto en sus objetivos como en su justificación, de una delincuencia de tipo económica o delincuencia profesional, por lo que cabría hablar de “delincuencia social”.³² Así lo revela una mirada comparativa con otras regiones de España. En Almería, como demuestra Óscar Rodríguez Barreira, son abrumadores, constituyen el 58,95% entre 1939-1949. Para la provincia de Lleida, estudiada por Conxita Mir, los delitos contra la propiedad constituyen un 46,2% entre 1939-1951. A medida que se fue resolviendo la crisis de subsistencia la representatividad de los delitos contra la propiedad también se redujo hasta alcanzar cifras entre un 20 y un 30% durante los años sesenta. Por otra parte, en Murcia, los trabajos de Juan Francisco Gómez Westermeyer arrojan que la cifra de delitos contra la propiedad ascendió hasta el 70%; y, en Albacete, estudiada por Manuel Ortiz Heras, alcanzaron el 69%. En la provincia de Zaragoza, Iván Martínez recoge entre 1939 y 1945 cifras de delitos contra la propiedad cercanas al 70% —en total, 1.913 sentencias por hurto, robo o estafa, comparativamente cifras alejadas de las 1.083 sentencias recogidas en el periodo republicano—.³³ Para los años de 1946 a 1950, analizando las 2.121 sentencias recogidas en la Audiencia Provincial de Zaragoza hemos podido comprobar cómo, a pesar de cierta caída, la tendencia persiste en gran medida, representando los delitos contra la propiedad el 60, 86%.³⁴

TABLA 1. DELINCUENCIA SOCIAL EN LA PROVINCIA DE ZARAGOZA (1946-1950)

Año	Total causas	Hurtos	%	Robos	%	Apropiación indebida	%
1946	312	77	24,68	31	9,93	21	6,73
1947	357	98	27,45	91	25,49	8	2,24
1948	460	118	25,65	105	22,82	31	6,73
1949	440	115	26,13	74	16,81	25	5,68
1950	552	132	23,91	91	16,48	31	5,61
Total	2.121	540	25,46	412	19,42	116	5,46

Fuente: *Libros de Sentencias Criminales (1946-1950)*. Archivo de la Audiencia Provincial de Zaragoza (AAPZ). Elaboración propia.

³¹ James C. Scott, *Los dominados y el arte de la resistencia*, Txalaparta, Tafalla, 2003, pp. 111-140 y pp. 165-170 (1.ª ed., 1990).

³² Fernando Sánchez Marroyo, “La delincuencia social: un intento de caracterizar la actuación penal en la España rural durante la posguerra”, *Norba*, 16 (1996-2003), pp. 625-637.

³³ Óscar Rodríguez Barreira, *Migas con miedo*, pp. 167-201. Conxita Mir, *Vivir es sobrevivir: Justicia, orden y marginación en la Cataluña rural de posguerra*, Milenio, Lleida, 2000, pp. 24-25. Juan Francisco Gómez Westermeyer, “Delincuencia y represión en Murcia durante la posguerra”, en Manuel Ortiz Heras (coord.), *Memoria e Historia del franquismo: V Encuentro de Investigadores del franquismo*, Universidad de Castilla La Mancha, 2005, CD-ROM. Iván Martínez Carretero, *Delitos, justicia ordinaria y control social en Zaragoza (1931-1945): de la II República a la Dictadura de Franco*, Tesis doctoral Universidad de Zaragoza, 2015, pp. 256-257 [Disponible en: <https://zaguan.unizar.es/record/47398>].

³⁴ “Libros de Sentencias Criminales, 1946-1950 (011-118)”, AAPZ.

La gran mayoría de los robos y hurtos se adscriben al modelo de “delitos de miseria”, ya sea por el exiguo valor económico de lo sustraído, o bien por el móvil que los impulsa. En muchos casos, el objeto del robo o el hurto no tenía como destino el consumo propio o familiar sino la venta en el mercado, pero, en todo caso, la escasa entidad de lo sustraído hace pensar que el beneficio mercantil no era el motor, sino que seguía constituyendo una estrategia para asegurar la supervivencia, por lo que entendemos que podemos seguir hablando de armas de los débiles.³⁵

Por otro lado, los delitos forestales, la caza furtiva y los incendios intencionados, aunque menos numerosos en las fuentes, ponen de manifiesto una estrategia de supervivencia que entronca con una larga tradición campesina de resistencias.³⁶ Algunas acciones evidencian una racionalidad calculada, además de un sentido comunitario en su consecución. Por ejemplo, en Villanueva de Huerva –el 17 de agosto de 1940– ante la prohibición de la alcaldía de la entrada de ganados para pastar en las rastrojeras del monte comunal, se producía una “invasión” nocturna del monte. Los pastores Ricardo Gracia Alconchel, Antonio Agustín y Santiago Medrano, “conociendo la escasa cuantía de la sanción que les podía imponer la Autoridad municipal [10 ptas. según el artículo 145 de la Ley Municipal], alentaron y confabularon al resto de los pastores para seguir su ejemplo”. La autoridad les impuso a los tres una multa de cien pesetas, y al resto de pastores –veintiuna personas– de cincuenta pesetas. Se decía que todos eran considerados de “buena conducta” y adeptos al Movimiento Nacional.³⁷

En una cotidianidad asfixiante encontramos acciones de protesta en los lugares *a priori* más insospechados. Los graderíos de los campos de fútbol podían convertirse en una forma de canalizar el desahogo por las frustraciones en las existencias personales.³⁸ Sin embargo, en algunos casos, más que constituir una válvula de escape de las tensiones sociales, podían desencadenar protestas y tumultos,³⁹ como ocurrió el 17 de noviembre de 1940 en Tarazona, cuando una riña con el árbitro del partido –que tuvo que ser escoltado por los agentes de la autoridad para evitar ser linchando por la multitud que invadió el campo de fútbol–, desencadenó una “protesta escandalosa, con voces contra la Autoridad” que acabó recorriendo el centro de la localidad. “Al pasar por el puente de la Catedral, un grupo que había en el paseo de Calvo Sotelo, lanzó unos gritos de protesta contra la Autoridad (subrayado del autor)”. El Jefe de Policía subrayaba que eran frecuentes los casos en que, con ocasión de celebrarse partidos de fútbol, sucedían incidentes parecidos, con alteraciones del orden público. La celebración de partidos de fútbol en Tarazona fue prohibida y a varios de los participantes en el tumulto le fueron impuestas multas de quinientas pesetas.⁴⁰ El desencadenamiento de motines en espacios destinados al ocio no es infrecuente; lejos de ello, se inserta en una tradición de repertorios de acción colectiva. Los motines tenían lugar en aquellos espacios públicos y núcleos de sociabilidad –como la plaza del mercado–, que brindaban una salvaguarda colectiva frente a la represión al garantizar cierto

³⁵ Óscar Rodríguez Barreira, “Lazarillos del Caudillo. El hurto como arma de los débiles frente a la autarquía franquista”, *Historia Social*, 72 (2012), pp. 65-87, esp. p. 71.

³⁶ Manuel González de Molina y Antonio Ortega Santos, “Bienes y conflictos por los recursos en las sociedades rurales, siglos XIX y XX”, *Historia Social*, 38 (2000), pp. 95-116. Víctor Lucea Ayala, *Rebeldes y amotinados. Protesta popular y resistencia campesina en Zaragoza (1890-1905)*, Institución Fernando el Católico y Prensas Universitarias de Zaragoza, Zaragoza, 2005, pp. 175-189.

³⁷ AHPZ, GC, Caja A-8797, Exp. 139.

³⁸ Rafael Abella, *La vida cotidiana en España bajo el régimen de Franco*, Argos Vergara, Barcelona, 1985, pp. 114-117.

³⁹ Ramiro Reig, “Repertorios de la protesta. La posición de los trabajadores durante el primer franquismo”, en Ismael Saz y J. Alberto Gómez Roda (eds.), *El franquismo en Valencia. Formas de vida y actitudes sociales en la posguerra*, Episteme, Valencia, 1999, pp. 37-76, esp. pp. 45-46.

⁴⁰ AHPZ, GC, Caja A-8797, Exp. 82.



nivel de anonimato; y donde la gente, por razón de su número, se sentía fuerte, como escribió Thompson.⁴¹ En Haro, una localidad de La Rioja, en 1896, durante los años de la guerra de Cuba, se desencadenó la protesta por las tensiones latentes y el malestar contra la autoridad a consecuencia de la suspensión de una novillada.⁴²

El motín no era una forma espasmódica e irracional de respuesta colectiva, sino un complejo comportamiento con específicas prácticas y estrategias acordes a lógicas de cálculo y oportunidad política.⁴³ Los motines en los años cuarenta, como ya apuntábamos, son escasos numéricamente, especialmente si los comparamos con el periodo precedente.⁴⁴

⁴¹ Edward P. Thompson, “La economía moral de la multitud en la Inglaterra del siglo XVIII”, en Edward P. Thompson, *Tradición, revuelta y consciencia de clase*, Crítica, Barcelona, 1984, pp. 62-134, esp. p. 132 (1.ª ed., 1972).

⁴² Carlos Gil Andrés, *Echarse a la calle: amotinados, huelguistas y revolucionarios (La Rioja, 1890-1936)*, Prensas Universitarias de Zaragoza, Zaragoza, 2002, p. 39.

⁴³ Manuel Pérez Ledesma, “Cuando lleguen los días de la cólera. Movimientos sociales, teoría e historia”, *Zona Abierta*, 69 (1994), pp. 51-120, esp. pp. 83-87.

⁴⁴ No es de extrañar, dada la correlación directa entre la participación en la acción colectiva de muy diverso cariz durante la II República y la represión que siguió al golpe de estado, como demuestra Gil Andrés –sirviéndose en su estudio del microanálisis y la descripción densa– para el caso de seis localidades en la Rioja Alta. Carlos Gil Andrés, *Lejos del frente. La Guerra Civil en la Rioja Alta*, Crítica, Barcelona, 2006. El estudio de la represión en Aragón fue realizado por Julita Cifuentes, Pilar Maluenda, Pilar Salomón y Ángela Cenarro, con la dirección de Julián Casanova. Julián Casanova et. al.: *El pasado oculto. Fascismo y violencia en Aragón (1936-1939)*, Siglo XXI, Madrid, 1992. Ángela Cenarro, “Muerte y subordinación en la España franquista: el imperio de la violencia como base del Nuevo Estado”, *Historia Social*, 30 (1998), pp. 5-23. Peter Anderson, “Singling out Victims: Denunciation and Collusion in the Post-Civil War Francoist Repression in Spain, 1939-1945”, *European History Quarterly*, 39 (2009), pp. 7-26.

Sin embargo, hay espacios potenciales para la protesta social como las colas de racionamiento. Allí acudían las mujeres, como tradicionalmente habían hecho en el mercado, para proveerse de alimentos. Eran espacios donde tenían contacto unas con otras, donde se tejían las redes de solidaridad y ayuda mutua. Las autoridades represivas trataban de controlar la circulación de información en estos espacios; no dejaban pasar cualquier verbalización del descontento.⁴⁵ El 5 de agosto de 1940 el alcalde de Sos del Rey Católico manifestaba que: “son muchas las quejas que constantemente recibo, y peor aún las correcciones que la impaciencia de muchas mujeres de braceros del campo, me obligan a imponer por los escándalos que al intentar proporcionar la ración a sus maridos y no existir ésta, producen en la puerta de la Expendeduría”.⁴⁶

Estas estrategias, lejos de constituir actos heroicos, dan cuenta de una lucha cotidiana por preservar la dignidad, la vida y salvaguardar la familia, como expone Irene Murillo. Las mujeres ocupan el espacio público como una prolongación de sus actividades en el espacio privado y, a través de su acción, evidenciaban la incapacidad del régimen franquista por alimentar a la población.⁴⁷ Las mujeres también solían ser protagonistas de pequeños actos de rebelión contra los preceptos del régimen. El 24 de febrero de 1940 en Sofuentes (Cinco Villas) se les imponían multas de 25 ptas. a siete mujeres por llevar “mantones que pretendían usar de disfraz”, desobedeciendo la prohibición de celebrar el Carnaval. Ninguna de ellas había manifestado “mala conducta”, pero todas eran hijas de jornaleros adscritos a la UGT, “por lo que se las considerada afectas al Frente Popular”.⁴⁸ Sin embargo, en algunos casos, hallamos a individuos que no pertenecen al colectivo de los considerados desafectos, como los mozos excombatientes de la localidad de Trasmoz, que hacían una solicitud al alcalde —que posteriormente trasladaría al Gobernador Civil— para poder realizar bailes durante los días 4 y 5 de febrero.⁴⁹ Ello pondría de manifiesto la prevalencia de unas prácticas culturales en el mundo rural por encima de las divisiones que se habían producido en el cuerpo social con la guerra.

Si alguna conclusión podemos enunciar a partir del estudio de casos locales, esta no es otra que la larga pervivencia de los motines y otras formas de protesta social “tradicional”. Una razón fundamental explica la persistencia de estos repertorios —como plantea Carlos Gil Andrés—: “la eficacia”. No se trata, por tanto, de un atavismo, un fenómeno anacrónico y esporádico, sino de unas formas de acción, un itinerario y unos objetivos conocidos, con idénticos protagonistas, un moderado riesgo de represión y una notable capacidad para conseguir ciertas consecuciones, a menudo ínfimas.⁵⁰ Lejos de constituir rémoras de un pasado próximo a su desaparición, la formas de protesta social deben aprehenderse desde la pers-

⁴⁵ “La Secretaria Local ha reunido a los Jefes de Sección y de grupo dándoles consignas para cortar en el acto las conversaciones que nuestros afiliados oigan en las que se murmura contra la actuación de la FET y de las JONS en los actuales difíciles momentos”. El epígrafe “orden público” pone de manifiesto que “se observa de nuevo el incremento de los bulos, chistes y comentarios que deberían ser objeto de localización y severa sanción”, en “*Parte mensual correspondiente al mes de enero de 1941*”, AGA, DNP, SGM, Presidencia, Caja 51/20579.

⁴⁶ AHPZ, GC, Caja A-8797, Exp. 85.

⁴⁷ Irene Murillo Aced, *En defensa de mi hogar y mi pan. Estrategias femeninas de resistencia civil y cotidiana en la Zaragoza de posguerra, 1936-1945*, Prensas Universitarias de Zaragoza, Zaragoza, 2013, p. 149. Mercedes Yusta Rodrigo, “Las mujeres en la resistencia antifranquista: un estado de la cuestión”, *Arenal*, 12, 1 (2005), pp. 5-34.

⁴⁸ AHPZ, GC, Caja A-8797, Exp. 89.

⁴⁹ AHPZ, GC, Caja A-8797, Exp. 115. Ángel Alcalde, “Los excombatientes en el mundo rural de la posguerra: del mito del campesino soldado a la realidad social de la España franquista”, en Óscar Rodríguez Barreira (ed.), *El Franquismo desde los márgenes. Campesinos, mujeres, delatores, menores*, Universidad de Almería-Universitat de Lleida, Almería, 2013, pp. 113-129.

⁵⁰ Carlos Gil Andrés, *Echarse a la calle*, pp. 427-441.

pectiva de los propios actores históricos, situándonos, por tanto, en la línea interpretativa que plantea la necesidad de eludir categorías dicotómicas que no resisten un análisis empírico serio como “prepolítico-político” o “preindustrial-industrial”.⁵¹

Las respuestas campesinas se explican en función de una multiplicidad de factores que siempre responden a una *estrategia reproductiva*. Las formas de acción –colectivas o individuales– pasan a constituir un conjunto de instrumentos que integran la “sabiduría táctica de los campesinos”. Frente a las concepciones de la acción social como anomía durkheimiana refutadas por la historiografía hace largo tiempo, o el determinismo estructural, es la “lógica práctica” –en el sentido que le otorga Pierre Bourdieu– lo que nos permite reintroducir el agente social en el proceso histórico como hacedor del mismo y no como ente inmóvil.⁵² Las “armas de los débiles” deben ser consideradas en su totalidad, como telas de un mismo mosaico, sin que el historiador sea deslumbrado por aquellos grandes actos de oposición al poder. Por consiguiente, la pervivencia de unas mismas formas de protesta social estaría ligada a la continuidad de los problemas a los que deben enfrentarse los campesinos en aras de garantizar su subsistencia.

A MODO DE CONCLUSIÓN

La persistencia, al igual que el cambio, no es causa sino efecto y, por tanto, adquiere significación al poner de manifiesto unas actitudes vitales forjadas por la costumbre y, en última instancia, la inmovilidad de las estructuras. Como escribe Carmelo Romero: “siglos de mantenimiento de unos mismos cultivos –el cereal de secano–, de unos mismos sistemas –de año y vez–; de unas mismas labores –arado, siembra, escarda, siega y trilla– siempre iguales y siempre en unos mismos tiempos; de un mismo utillaje y de un mismo cielo del que, en definitiva, dependía desde milenios el éxito o el fracaso de la cosecha, que para muchos era tanto como decir la vida”.⁵³ La propaganda agrarista del nuevo régimen era la “misma música decepcionante de etapas anteriores”, pues el referente seguía siendo un Estado, mezcla de tradiciones atávicas con la novedad de un pensamiento que vestía al cacique de azul, con todo el peso de la represión que en cualquier momento podía amenazar individual o colectivamente.⁵⁴ En ese sentido, no es casual que las formas de protesta manifestaran una fuerte continuidad con respecto a las empleadas en la etapa histórica precedente. Eran las formas en que los campesinos tradicionalmente trataron de minimizar y adaptar amenazas para su espacio de reproducción socioeconómica, como la expansión capitalista y la consolidación del Estado liberal en el siglo XIX y, mucho antes, contra los derechos señoriales o las exacciones fiscales de la nobleza y la Iglesia.⁵⁵

⁵¹ A este respecto, véase Julián Casanova, “La recuperación de lo marginal: cambio social, protesta y movimientos populares”, *Príncipe de Viana*, Anejo 16 (1992), pp. 607-617. La visión estructuralista de la transición entre los “repertorios tradicionales o reactivos” a los “repertorios modernos o proactivos” de protesta social fue propuesta por Charles Tilly, Louise Tilly y Richard Tilly, *El siglo rebelde, 1830-1930*, Prensas Universitarias de Zaragoza, Zaragoza 1997, pp. 292-294 y 317 (1.ª ed., 1975). Charles Tilly, *From mobilization to Revolution*, Addison-Wesley, Nueva York, 1978, pp. 151-159.

⁵² Pierre Bourdieu, “De la regla a las estrategias”, en Pierre Bourdieu, *Cosas Dichas*, Gedisa, Barcelona, 1996, pp. 67-83.

⁵³ Carmelo Romero Salvador, “Notas sobre las características socioeconómicas y las actitudes políticas del campesinado castellano durante la segunda mitad del siglo XIX y el primer tercio del siglo XX”, en VV. AA., *Haciendo historia, homenaje al profesor Carlos Seco*, Universidad Complutense, Madrid, 1996, pp. 417-430, esp. p. 426.

⁵⁴ Carmelo García Encabo, Reyes Juberías Hernández y Alberto Manrique Romero, *Cartas muertas. La vida rural en la posguerra*, Ámbito, Soria, 1996, p. 120.

⁵⁵ Ana Cabana Iglesia, “Minar la paz social. Retrato de la conflictividad rural en Galicia durante el primer franquismo”, *Ayer*, 61 (2006), pp. 267-288.

No se trató tanto de una reactualización de repertorios, pues estos nunca desaparecieron del todo en el periodo de la II República. Más allá de la constatación de una tipología de formas de acción colectiva, hay una línea de continuidad en lo cultural. Con el recorrido realizado hemos podido refrendar cómo la expresión del conflicto social, aun en una dictadura, constituyó una realidad tangible. Las poliédricas formas de conflicto campesino presentan una génesis y lógica propia, que es inteligible, a la luz de su contexto. El campo zaragozano en los años cuarenta, además de presentar numerosos marcos de fractura, manifestó una pléyade de realidades conflictivas, en este sentido, la “paz social franquista” era una entelequia, como demuestra la tesis de Ana Cabana para Galicia.⁵⁶

Tenemos la certidumbre de que los campesinos dieron una respuesta racional y consciente a una realidad que les era contraria, pero la historia de las resistencias campesinas en el primer franquismo es también la historia de una tragedia. Los misérrimos campesinos evocados por Delibes en *Las Ratas* guardan un paralelismo con aquella mujer anciana que describió Marx en el capítulo XXIV de *El Capital*, “La llamada acumulación originaria”, que, ante el desahucio de su parcela, cuando tenían lugar los cercamientos de las tierras comunales, se quemó a lo bonzo en su choza.⁵⁷ Ambas realidades, aunque en diferentes coyunturas históricas, además de encerrar una enorme violencia —“trazos de sangre y fuego”—, respondieron al desarrollo de fuerzas en gran medida externas a ese mundo, las fuerzas del capitalismo. En efecto, en el caso de la realidad social secular del campesinado español también fue barrida, mediante un proceso silencioso en las postrimerías de los cincuenta e inicios de los sesenta, con la mecanización del campo y la emigración forzada a las grandes urbes, que demandaban mano de obra barata. Allí, se hacinaron en suburbios insalubres, donde tuvieron que vivir bajo la coerción cotidiana y la miseria, lejos de la utopía agrarista propugnada por el Régimen —como denunció el neorrealismo de la película de José Antonio Nieves Conde, *Surcos* (1951).

Durante los difíciles años cuarenta el único objetivo para muchos fue la mera supervivencia. La “involución agrícola” que se produjo alejó al campesinado del mercado y lo retrotrajo a una situación de autarquía, determinada por la pobreza y el hambre. Esos años de estraperlo dejaron una huella indeleble en aquellas personas; muchos vivieron en el fronterizo límite de la legalidad y no pocos se vieron abocados a prácticas delictivas para asegurarse el sustento.⁵⁸ La conflictividad y la protesta se manifestaron, como decimos, mediante formas propias de la tradición de lucha campesina, que variaron tanto en función de las circunstancias de los protagonistas como de la evolución del sistema político, debilitándose paulatinamente desde las postrimerías de los cincuenta. A partir de entonces tendrá lugar una doble ruptura que no es objeto de análisis en estas páginas; de un lado, por el inicio de la transformación del campo con la mecanización; y, de otro, por el reemplazo generacional. Se tratará de una nueva generación que había nacido bajo la represión, el miedo y el silencio impuestos por el franquismo y que, por ello, en gran medida y en no pocos casos, desconocía tradiciones anteriores y no poseía un recuerdo directo de la experiencia de la República y la guerra.⁵⁹

⁵⁶ Ana Cabana Iglesia, *Entre a resistencia e a adaptación: a sociedades rural galega no franquismo (1936-1960)*, Tesis doctoral Universidad de Santiago de Compostela, 2006. [Disponible en: <https://minerva.usc.es/xmlui/handle/10347/9509>].

⁵⁷ Karl Marx, *El capital. Crítica de la economía política*. Libro I-Tomo III, Akal, Madrid, 2014, p. 218 (1.ª ed., 1867).

⁵⁸ Carlos Barciela López, “Franquismo y corrupción económica”, *Historia Social*, 30 (1998), pp. 83-96.

⁵⁹ La tesis del cambio generacional es defendida por Ana Cabana Iglesia, *La derrota de lo épico*, pp. 279-280. La noción de “marcos sociales de la memoria” de Maurice Halbwachs, *La memoria colectiva*, Prentice Hall, Zaragoza, 2004 (1.ª ed., 1950). La idea de “cohorte generacional” como un todo identitario de un individuo con una comunidad más amplia, en Francesca Polletta y James F. Jasper, “Collective identity and Social Movements”, *Annual Review of Sociology*, 27 (2001), pp. 283-305.

Resistencias campesinas en tiempos de silencio: la conflictividad rural en Zaragoza durante el primer franquismo (1939-1956)

Peasantry resistances in a time of silence: the peasantry social conflict in Zaragoza under the first years of Franco's regime

ÓSCAR LÓPEZ ACÓN
Universidad de Zaragoza

Resumen

El artículo tiene por objeto de estudio el tratar de analizar las muy variadas formas de conflictividad social campesina durante los primeros años del Régimen franquista. Nos centramos prioritariamente en la conflictividad que desarrollan, las problemáticas concretas que la suscitan y los modos en que la llevan a cabo. Este análisis nos permite calibrar el grado de aceptación que el franquismo fue capaz de concitar desde la base y, por tanto, da cuenta de la forma en que se negocian y articulan las relaciones de poder en un marco coercitivo. Asimismo, nuestro estudio intenta trazar puentes con líneas interpretativas de larga duración, conformando una visión desde los largos plazos.

Palabras clave: Campesinado parcelario, relaciones de poder, resistencias cotidianas, franquismo, Zaragoza.

Abstract

The essay is aimed at studying and trying to analyse the varied forms of peasantry social conflict under the first years of Franco's regime. In order to dive into this issue, we focus prioritarily in the conflicts that they bring about, the problems in particular that cause them and the way they develop. This analysis enables us to assess the extent of Franco's regimes acceptance and, thus, explain the way the relationships within a coercitive power frame are weighed and formulated. Likewise, our essay tries to build bridges with longlasting interpretation guidelines establishing long-term visions.

Keywords: family peasantry, power relationships, every day resistance, Franco's regime, Zaragoza.

Óscar López Acón

Contratado predoctoral DGA, Departamento de Innovación, Investigación y Universidad del Gobierno de Aragón y Programa Operativo FSE Aragón 2014-2020, Universidad de Zaragoza. Graduado de Historia por la Universidad de Zaragoza con *Premio extraordinario* en estudios oficiales de Grado. Máster Interuniversitario en Historia Contemporánea por la Universidad de Zaragoza con *Premio extraordinario* en estudios oficiales de Máster en el curso académico. Máster Universitario en Profesorado de Educación Secundaria Obligatoria, Bachillerato, Formación Profesional. ORCID: 0000-0002-6166-2249.

Cómo citar este artículo:

Óscar López Acón, "Resistencias campesinas en tiempos de silencio: la conflictividad rural en Zaragoza durante el primer franquismo (1939-1956)", *Historia Social*, núm. 103, 2022, pp. 137-151.

Óscar López Acón, "Resistencias campesinas en tiempos de silencio: la conflictividad rural en Zaragoza durante el primer franquismo (1939-1956)", *Historia Social*, 103 (2022), pp. 137-151.